

Selección RNR

SANDRA BREE



*Corazón
de pirata*



Romance Histórico

LA CORAZÓN DE PIRATA

Sandra Bree

1.ª edición: noviembre, 2015

© 2015 by Sandra Bree

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-239-4

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Quiero dedicar esta novela a mi querido compañero Ángel F, por seguir siendo mi number one después de tantos años de estar juntos. Por ser tan auténtico como el primer día.

*Yo no buscaba un héroe, pero lo encontré.
Álex, Sara y Cristian, os amo.*

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

Epilogo

Agradecimientos

Prólogo

Costa de Virginia.

El Gitano bajó el catalejo justo cuando su segundo de abordó dio la orden de hacer virar al Diábolo, pero no podía quitarse de la cabeza el enfrentamiento que luego tendría con el capitán del *Águila Blanca*, Gerard Bells. En otra ocasión hubiera dejado que fuese la otra embarcación quien asaltara la nave que, huyendo de un par de fragatas americanas, se dirigía a ellos. Esta vez no lo había hecho, de modo que el Gitano tenía la obligación de enfrentarse a las consecuencias. Ni siquiera sus hombres sabían el motivo real por el que no podía permitir que Bells apresara aquel barco. Puede que con el tiempo entendieran por qué hacía ciertas concesiones con algunas embarcaciones, pero por el momento era mejor que no lo supiesen. No podía poner en riesgo su verdadera identidad y la de aquellos que lo contrataban. Para todos no era más que un pirata cualquiera.

El hombre moreno, erguido como una estatua y con la mirada clavada al frente, acarició con sus fríos ojos azules la sinuosa bahía de Chesapeake. Una suave brisa jugaba entre los negros mechones que se rizaban en su espalda y se revolían en la frente, desordenados.

Estelas de nubes blancas sobrevolaban el cielo marcando la dirección del viento. El tiempo era bueno y las corrientes marítimas ayudaban a que la nave se deslizara con mucha ligereza.

Antes de que los cañones disparasen sus proyectiles, gritó:

—¡No quiero ni una maldita baja!

La luz del atardecer brilló sobre las azuladas aguas del océano. Castor y Simon, sus hombres más fieles, se prepararon para la batalla. El Gitano los miró recordándose

que ellos protegerían al pasaje mientras el resto saqueaba las bodegas en busca de víveres y avituallamiento.

—¿Cuánto tiempo tardará Bells en llegar? —preguntó Simon pasándose su gigantesca mano por las pesadas cadenas que colgaban alrededor de su cuello. Miraba de reojo al Gitano al tiempo que no dejaba de vigilar la nave que incautamente se acercaba a ellos.

Fue Castor quién respondió:

—Unos veinte minutos lo más tardar. Para entonces ya deberíamos haber terminado y regresado al Diábolo.

Ninguno de ellos era partidario de la política que llevaba el capitán del *Águila Blanca* y mucho menos cuando se dedicaba a la trata de esclavos. Sin embargo, en el mar existía la ley del pirata: quien lo encuentra se lo queda.

El Diábolo disparó los cañones rompiendo la silenciosa tranquilidad de la tarde. Solo dos proyectiles de catorce impactaron directamente en el barco que fue tomado por sorpresa.

—¡Izad la bandera! —volvió a gritar el Gitano echando a correr hacia el lado de la embarcación situada más cerca del barco que iban a asaltar.

Segundos antes de que apareciera la bandera negra ondeando en lo alto del mástil se produjo un denso y completo silencio. De repente comenzaron los gritos y las carreras.

El ataque duró quince minutos exactos. Lo suficiente para que el *Águila Blanca* ni siquiera hiciese el intento de acercarse al descubrir que ya no tenían nada que hacer.

—Bells te exigirá su parte del botín.

—Cuando llegue el momento me preocuparé si hace falta. Aunque no creo que sea tan estúpido como para reclamarme nada. Antes de que quiera darse cuenta acabará colgado por sus fechorías o alimentando a los peces en el fondo del océano.

—Y tú también si él en verdad llega averiguar quién eres. Te tiene ojeriza, Gitano. Sabe que el Diábolo es la

única embarcación que le impide convertirse en el dueño absoluto de los mares.

El capitán del Diábolo sonrió con presunción mientras sus ojos turquesas se clavaban en Simon con burla.

—¿Qué recomendaciones que hagamos? ¿Cuál sería nuestro siguiente paso? —Le divertía cómo su compinche se preocupaba por él. Estaban en su camarote fumando puros y bebiendo vino de la mejor cosecha mientras el resto de la tripulación hacía balance.

—¿No contraía nupcias tu hermana? Tenemos la excusa perfecta para ir a Londres una temporada. Nadie será capaz de relacionarnos con esto.

El Gitano formó en su bonita boca un gesto de hastío y dejó escapar el aire por entre sus dientes. Sus compañeros pensaban que era demasiado guapo para ser pirata, en cambio no lo creían así las mujeres. Aunque eran pocas las que le hubiesen visto nunca a bordo del Diábolo.

—No me apetece nada volver a relacionarme con esas frívolas damitas de alcurnia, ni que barajen mi nombre entre los solteros de oro de la ciudad.

—Una coartada como esa es la que mejor te vendría, Gitano.

Después de pensarlo varios minutos mientras observaba cómo el humo de su puro ascendía en espiral hacia el techo, asintió con pesar:

—De acuerdo. Arreglad y limpiad el Diábolo. Y cambiad la bandera.

Lo que hizo después fue escribir una carta al ama de llaves de su plantación en Virginia. Por supuesto firmado con su verdadero nombre: Alexander Yaron.

1

Sara, con los codos apoyados sobre el colchón de la amplia cama instalada en medio de su dormitorio, estaba terminando de leer los últimos capítulos de la novela romántica que Laura, su doncella, le había conseguido recientemente. Se trataba de la historia de un apuesto bucanero y una hermosa esclava que él había rescatado de seres horribles y siniestros. Mientras leía, la imagen de Alexander Yaron pasó por su mente. Le había conocido el día anterior y su cabello largo y negro le recordaba al protagonista. Él lo llevaba recogido en una cola de caballo que en esos tiempos estaba tan de moda, sin embargo, Sara trató de imaginarlo con el pelo cayendo sobre sus anchos hombros y con un arete en la oreja.

Suspiró embelesada. Acababa de convertir al hombre en su osado pirata de ensueño.

Sonrió para sí misma. El hombre era endemoniadamente guapo y muy atractivo, además, también tenía que admitir que era bastante ingenioso. Aún no sabía cómo él lo había hecho, pero esa misma mañana habían recibido una invitación para asistir a una reunión que ofrecía Andrew Yaron con la excusa de conocer a la familia Hamilton al completo. Y Sara imaginó que el tal Andrew sería algún familiar cercano de Alexander, de modo que esa noche volvería a verlo.

Sentía muchas ganas de hablar con él de nuevo, mucho más después de comprobar que el día anterior había logrado dejarlo sin palabras debido a su escandalosa franqueza.

Eric Hamilton, el padre de Sara, no había regañado a la muchacha por encontrarla la noche anterior en el salón charlado con el apuesto caballero. Muy al contrario estaba alegre por ello ya que Sara había jurado y perjurado que no acudiría al baile celebrado en honor de Erika, su hermana.

Pero en el último momento dio su brazo a torcer y accedió a acompañarlos. Para Eric había sido muy importante ese cambio, tanto que comenzó a pensar que podía empezar a buscar pretendiente a su hija pequeña, al mismo tiempo que lo hacía para la mayor. Por otro lado, con Sara sabía que lo iba a tener mucho más complicado. Ella era un tanto orgullosa y cabezona. Leía demasiados libros de amor como para sucumbir ante algún petimetre y ostentoso inglés que hiciera de su vida un infierno o a lo sumo, un hastío total.

La familia Hamilton tenía su residencia en Escocia, pero habían viajado a Londres con la excusa de buscar un marido a Erika. Sin embargo, las razones principales eran que Eric tenía la sensación de que Sara se había encariñado con el hijo del herrero que vivía en Dundee. Realmente no le importaba mucho si Sara se casaba o no, lo que no iba a tolerar era que se uniese a alguien como Paul McTorton.

Al principio Sara se había negado a abandonar su hogar, todos sus amigos ahora estaban lejos de ella, y en cierto modo era verdad que le gustaba mucho Paul. Ambos habían sido amigos desde siempre. Se conocían tanto que los secretos entre ellos no existían. Quizá a la historia le faltara romanticismo, pero Sara adoraba el musculoso cuerpo del muchacho rubio, su risa seductora y la forma en que la trataba. Cierta era que antes de viajar Sara a Londres, Paul se despidió de ella con un ardoroso beso que la dejó más bien fría, sin embargo, todo había sido tan aprisa que no se paró a pensarlo el tiempo suficiente. Esperaba que la próxima vez sintiese los pajaritos aleteando en su estómago.

Sara prometió hacer todo lo posible por regresar cuanto antes a casa. Si con ello debía soportar varias fiestas y algunas presentaciones lo haría. Paul por su parte había prometido esperarla.

La joven se levantó de la cama cerrando el libro con fuerza. La primavera se acercaba a pasos agigantados y era una de las épocas que más le gustaba. Iba a ser difícil convencer a su padre de volver, pero su mente llevaba

fraguando un plan desde hacía días, y con la aparición de Alexander esperaba lograr su objetivo. Nada podía fallar. Tan solo se trataba de fingirse atraída por este hombre y al mismo tiempo, hacerle llegar a su padre los rumores de quién era él. Alexander Yaron tenía fama de calavera libertino despojador de virtudes femeninas. Sara esperaba que cuando su padre se enterara la mandase de vuelta a su hogar apartándola de todo mal.

Como ella no era ninguna mala persona había contado su estrategia al mismo Alexander Yaron. No le había detallado los motivos por los que deseaba regresar a su tierra, porque no era cosa que a él le importase, sin embargo por obra del Señor, el hombre había consentido en ayudarla.

Sara abrió el ropero, tenía hermosos y nuevos vestidos que Erika había elegido por ella. Paseó la mirada sobre las sedas y los rasos indecisa.

—¿Todavía está así, señorita? —preguntó Laura entrando en el dormitorio. Pasó por delante de Sara y escogió un modelo en verde oscuro con escote pronunciado—. Póngase este. —Tendió la prenda sobre la cama y se dedicó a buscar algunas alhajas que combinaran.

Sara obedeció y luego se dejó peinar. La doncella trabajó con su cabello plateado recogéndolo en la coronilla, dejando que gruesos bucles cayeran sobre su cuello adornados con cintas entrelazadas de satén verdes y negras.

—Está preciosa. Ahora cambie la cara y diviértase mucho.

—Eso intentaré —musitó ella entre dientes—. Lo dudo, pero lo intentaré.

En el carruaje de los Hamilton, Eric advirtió a ambas hermanas sobre el comportamiento que debían tener. No era la primera vez que sostenían esta conversación, pero era obligatorio que Sara lo escuchase de nuevo.

—Nada de hablar de política, vosotras sois damas y no campesinas.

—Sí, padre —respondieron al unísono.

—A nadie le importa la necesidad que pasan algunas personas...

—¡A mí sí!

Erika dio un codazo a su hermana.

—Hoy no, Sara. Hazlo por mí, tesoro —reprendió Eric observando con el ceño fruncido cómo su hija pequeña se cruzaba de brazos y apartaba la vista de él—. No puedes hablar de las diferencias sociales. ¿Me has oído bien?

Ella asintió sin contestar.

—Por favor, no pases por alto mis advertencias, hija. Lo hago por tu propio bien, no deseo que vayan diciendo por ningún lado que no he sabido educaros.

—No se preocupe, padre —dijo Erika cogiéndole de la mano—. Nos vamos a portar bien. Lo prometemos, ¿verdad Sara?

La más joven asintió y con dulzura miró a su padre.

—Lo prometo.

Satisfecho, Eric Hamilton soltó un sonoro suspiro. Desde que habían subido al vehículo no había podido dejar de advertir lo bonita que estaba Sara. No se había dado cuenta de lo que había crecido en los últimos meses.

¡Sara! ¡Cuántos problemas tendría el hombre que la desposara!

Llegaron ante una lujosa mansión rodeada de bellos y cuidados jardines. Ya era de noche y varias farolas iluminaban la casa y las calles adyacentes. Tuvieron que esperar a que los carruajes que se hallaban ante la puerta abrieran la marcha para dejarlos entrar.

Por los vehículos se apreciaba que no serían muchos invitados y Sara se sintió feliz al saber que de ese modo no tendría que soportar a muchas personas, ni siquiera conocerlas. Era muy sociable, pero aborrecía las conversaciones con los ingleses de la clase alta que no sabían hablar de

otra cosa que no fuera de sus increíbles fortunas y sus vidas aburridas.

Descendieron del coche y en la entrada fueron recibidos por Andrew Yaron y su esposa Rouse, un matrimonio de aspecto amable y que formaban una deliciosa pareja.

Un mayordomo recogió sus ropas de abrigo y los dirigió hacia el concurrido salón de baile donde la reunión se veía animada. Las arañas del techo brillaban y se reflejaban en los espejos que cubrían las paredes.

En cuanto atravesaron las dobles puertas, Sara tuvo que soportar, en contra de sus deseos, varias presentaciones, además de saludar a personas que habían acudido la noche anterior a la fiesta de Erika.

Sin darse cuenta se vio envuelta por tres atentos jóvenes que luchaban por llamar su atención con tonterías. Al principio todo aquello le pareció divertido e incluso logró mostrarse de buen talante frente a ellos, sin embargo, a medida que fueron avanzando los minutos se concentró sobre todo en no desairarles.

Nunca había escuchado tantos elogios en tan pocos minutos. Ni siquiera sabía que existían tantos.

Recordando las advertencias de su padre, sonrió hasta que la mandíbula empezó a dolerle.

—Me alegro de volver a verla, señorita Hamilton —saludó Alexander Yaron que se acercó al grupo con dos copas de champán en la mano. Las miradas de sus acompañantes y la de ella misma se volvieron a él.

—¡Señor Yaron, qué alegría! —exclamó observándole con admiración. ¡Era mucho más guapo que la noche anterior!

Alexander Yaron, con mucho arte, apartó a la joven de los ansiosos caballeros para dirigirla hasta la chimenea.

—¿Tiene sed?

Sara tomó una de las dos copas y bebió su contenido de un sorbo.

—Gracias —respondió ante la atónita mirada del hombre—. ¿Por qué ha tardado tanto en venir a rescatarme, señor Yaron?

Él arqueó ligeramente las cejas.

—Pensé que se estaba divirtiendo con tantos pretendientes a su alrededor.

—¡Por favor! ¿Divertirme? ¡No puedo soportarlos! Si no llega a venir a tiempo los habría retado a todos a un duelo —respondió con una sonrisa burlona—. No crea que no sé que la culpa es suya por haber convencido a sus parientes para que nos invitaran, ¿o lo va a negar?

Alexander soltó una sonora carcajada. Hacía tan solo unos minutos había sentido cierta rivalidad con los hombres que rodeaban a la hermosa muchachita, y ahora entendía que no tenía motivos. Esa joven era espontánea y vivaz pero, sobre todo, tenía muy claro lo que deseaba, y sin duda no era estar con ninguno de aquellos mozalbetes.

—Tiene razón. Me responsabilizo de conseguir que usted esté hoy aquí. No puede culparme de ello, su belleza me ha cautivado. Para que vea que cargo con mi penitencia prometo no dejarla sola ni un solo minuto de la velada.

—¿Y si nos apartan? ¿Vendrá a rescatarme?

—Raudo y veloz —juró haciéndola reír—. Supongo que ya le han dicho lo bella que se encuentra, ¿verdad?

Ella se ruborizó bajo la atenta mirada de Alexander. Él tenía los ojos de un color azul turquesa, perfilado el iris en un tono mucho más oscuro. Impresionaba esa mirada, entre otras cosas porque era indescifrable.

—Gracias por el cumplido. Señor Yaron, ¿usted en verdad es de aquí? Su acento es algo diferente —dijo, curiosa. Se había dado cuenta de que tenía una entonación muy marcada.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Sin embargo, puedo dilucidar que usted no lo es.

—Cierto, soy de Escocia.